

GORTÁZAR, Guillermo: *El secreto de Franco. La Transición revisitada*, Renacimiento, Sevilla, 2023, 316 págs.

El historiador Guillermo Gortázar plantea en este libro una tesis formulable en tres afirmaciones concatenadas.

La primera es que el testamento político de Franco no fue escrito por él, sino por Javier Carvajal (1926-2013), un prestigioso arquitecto entonces metido en la naciente política de las «asociaciones» y que tras la Transición volvería a su actividad profesional. Se habría tratado de una iniciativa personal, solo conocida por un reducido número de personas que se juramentaron para guardar el secreto. Mediante una compleja trama de influencias, lo hicieron llegar a Franco, quien lo habría hecho suyo, con leves retoques, transcribiéndolo a mano para reforzar su autenticidad.

Segunda: la finalidad de ese documento era reforzar la posición del Príncipe frente a «inmovilistas» y «rupturistas» garantizando a Juan Carlos un apoyo sin fisuras del Ejército.

Tercera, Franco era consciente de que el respaldo que el otorgaba al futuro Rey sería empleado, en líneas generales, para que la Transición se hiciera como se hizo.

Las dos últimas afirmaciones no son novedosas y para su sostén o refutación la autoría literaria del testamento es secundaria, toda vez que, salido de su pluma o no, el Generalísimo lo asumió como propio. No entraremos, pues, a discutirlos, por no robar espacio al análisis de la primera.

La prueba que presenta Guillermo Gortázar de que Franco no escribió su testamento político es el testimonio de cuatro personas, tres de ellas vivas: Julia García-Valdecasas, esposa de Carvajal; José Guillermo García-Valdecasas, su cuñado, fallecido en 2020 pero cuyos recuerdos pudo recabar; y dos colaboradores, como Carvajal, de la Unión del Pueblo Español, Eduardo Ameijide y Miguel Ángel Cifuentes, que conocieron el texto original.

Fue Cifuentes quien puso sobre esta pista a Gortázar con una revelación de pasada que éste no pasó por alto y le sirvió para tirar del hilo.

Habrían estado asimismo en el secreto, como mínimo, además de Franco y su hija: Adolfo Suárez, Fernando Abril

Martorell, José Antonio Girón de Velasco, Andrés Rodríguez-Villa Gil (amigo de Girón) y Fernando Fuertes de Villavicencio (jefe de la Casa del Generalísimo), todos ya fallecidos.

El gran interrogante que suscita *El secreto de Franco* se contrae, pues, a este: ¿son suficientes esos cuatro testimonios para contrarrestar la consolidada historia del testamento, transmitida por Carmen Franco (testigo de primerísima mano) y respaldada documentalmente por el manuscrito, cuya autenticidad ha sido caligráficamente peritada y que está redactado en un estilo reconocible en su autor?

El testamento político de Franco es bello formalmente, de gran elevación religiosa y moral, extraordinariamente sintético de lo que él supuso para España, certero en las advertencias y en los deseos, rematado con la emoción de una arenga a la vez paternal y marcial... Expresa con tanta perfección lo que Franco fue y cómo se veía a sí mismo, que resulta difícil pensar que pueda redactar un texto así una pluma distinta a la propia.

¿Consiguen estas páginas convencernos de lo contrario?

La respuesta es negativa. Reposan exclusivamente sobre la credibilidad de los testigos. Que no sería mal reposar, si quedasen resueltas en ellas las dudas que legítimamente suscita la nueva versión de los hechos, dada la fortaleza de la versión a la que debe reemplazar. Pero no es así.

Primero, falta lo fundamental: la prueba documental. La «revelación» de *El secreto de Franco* no es el recuerdo de una conversación, sino un papel. Y ese papel, el original del texto hipotéticamente escrito por Carvajal, no se aporta.

Segundo, falta el testigo principal. El hipotético autor del texto ha fallecido sin dejar ningún relato de los hechos, ni oral ni escrito, ni nadie con el encargo de transmitirlo.

Tercero, no hay contraste probatorio. La investigación se circunscribe a los allegados a Carvajal, pero excluye a los allegados al resto de supuestos conocedores del asunto (Suárez, Abril, Girón, Rodríguez-Villa y Villavicencio). Y, sobre todo, excluye a los herederos de Carmen Franco. Sin ese «careo» es imposible valorar la prueba testifical. Solo nos queda entonces la presunción de honestidad de los testigos, que el lector concede gustoso, pero que no es menor que la

que merecen el propio Franco (convertido en falsificador *in articulo mortis*) y su hija. Ésta, sin embargo, es presentada faltando reiteradamente a la verdad (incluso con pormenores que habría que considerar fantasiosos y duplicarían la mendacidad), siendo así que en favor de ella y en detrimento de sus contradictores obran la prueba documental (el texto escrito, cuya autenticidad nadie niega), la cronología y el relato.

Cuarto, la cronología. Javier Carvajal habría entregado el testamento a Ameijide (el encargado de hacerlo llegar a su destino) el 17 de octubre de 1975, Carmen Franco lo habría recibido entre el 18 y el 20 y está claro que Franco, por su agravamiento, ya no estuvo en disposición de atender ni decidir nada a partir del 23. En esa ventana de entre tres y cinco días, en los que tuvieron lugar visitas de gran trascendencia del Príncipe y del presidente de las Cortes, con el Caudillo lúcido pero con las fuerzas justas atendiendo problemas internos y externos bastante graves, se habría construido una cadena de cinco eslabones (Ameijide-Rodríguez-Villa-Girón-Villavicencio-Carmen Franco) para llevar hasta Franco un papel preparado por personas totalmente ajenas al círculo de poder, con el que poner un punto final brillantísimo, pero artificioso y fraudulento a una vida entera consagrada al servicio de España. Porque aquí conviene hacer una matización: que un jefe de Estado haga suyo un texto escrito por otros es habitual y no introduce engaño alguno; ni siquiera es un problema si trasciende la identidad del *negro*. A Franco, pues, le habría bastado con asumir el texto de Carvajal como el de tantos otros colaboradores sin necesidad de fabricar mentira alguna. Ahora bien, la operación descrita como *El secreto de Franco* es otra cosa: es la iluminación repentina de un anciano extenuado y enfermo que saca resuello de donde no lo hay para transcribir de su puño y letra un mensaje personal con una intencionalidad política sobrevenida, a saber, hacer todavía más explícito el respaldo a Juan Carlos, de pronto considerado insuficiente, y necesitado de un golpe emocional que se juzgaría más poderoso que la legalidad misma. Es cierto que la inestabilidad política y las divergencias en la cúspide del régimen alentaban las dudas, pero la cuestión,

es si semejante decisión y acción pudo tomarse en un plazo tan perentorio. No es imposible, pero el reloj no es el mejor argumento en favor de esa tesis.

Quinto, el relato, que suscita algunas perplejidades. Como el origen: Carvajal tomó la iniciativa de escribir el testamento porque estaba preocupado «por el hecho de que a nadie en el Pardo ni en la presidencia del Gobierno se le hubiera ocurrido redactar un texto, a modo de despedida, del Generalísimo a los españoles después de casi cuarenta años de una larga responsabilidad como jefe del Estado». La pregunta es obvia: ¿cómo sabía eso Carvajal, totalmente alejado de ambos entornos? Se nos informa de su amistad con Carmen Franco. ¿Le hizo ella esa confidencia? No parece congruente ser depositario de una información tan relevante y al mismo tiempo necesitar un canal tan sofisticado para llegar hasta su fuente. También, dadas las circunstancias, resulta difícil de imaginar la escena entre Franco y su hija al recibir el documento, valorarlo y decidir su tramitación, como una última gran maniobra política del Caudillo a la que habrían permanecido ajenos todos sus colaboradores. Por último, es llamativa la prolongación del secreto, que el propio Cifuentes reconoce que llevaron «a un extremo un poco exagerado»: no solo no comentarlo con terceros, sino ni tan siquiera volver a hablar del asunto entre ellos mismos. Ahora bien, claramente la importancia de este secreto es inversamente proporcional al tiempo transcurrido y aceleradamente decreciente a partir de la Ley de Reforma Política y de la aprobación de la Constitución, o si se quiere, del 23-F y de la arrolladora victoria socialista de 1982. Más allá de esa fecha, ¿qué importancia hubiera tenido saber que el apoyo de Franco a Juan Carlos en el testamento, que era políticamente suyo, no era literariamente suyo? Es absolutamente irrelevante. No hay sentido histórico ni político para el silencio, más allá de la palabra dada... que es la misma en 2023 que en 1975, y nadie ha forzado a los testigos a hablar ahora. Sólo hay una lógica en el silencio, que sería evitar una confrontación de versiones con Carmen Franco. Fallecida en 2017, ya no puede defenderse de la acusación (aunque edulcorada por una hipotética «razón de Estado») de haber mentido.

Sexto, las fuentes. Es algo que choca inmediatamente cuando se leen los testimonios recogidos como prueba en esta obra. Es conocida la admiración de Javier Carvajal por Franco, demostrada también a su muerte. Era «un entusiasta de Franco de los pies a la cabeza», afirma Cifuentes. Sin embargo, en el caso de los cuatro testigos es manifiesto un cierto distanciamiento. Los García-Valdecasas eran monárquicos. «No habíamos sido nunca franquistas», confiesa Blanca. Su hermano José Guillermo se refiere a Adolfo Suárez como alguien «de la absoluta confianza de todos los, digamos, fascistas... Era un chusquero de la política y fascista», un calificativo que, si se aplica a Suárez, o ha de entenderse *a fortiori* aplicado también a una buena parte de la obra de Franco; hay que señalar que tanto Carvajal como García-Valdecasas «tenían experiencia de redacción de discursos para Adolfo Suárez», según cuenta Gortázar. Por su parte, Eduardo Ameijide explica que en la Unión del Pueblo Español (con la que todos ellos colaboraban) a todos les unía «la preparación para el cambio que se avecinaba hacia la democracia y un sistema pluripartidista», sistema que evidentemente Franco no quería porque lo responsabilizaba de haber llevado a España «al estado gravísimo de la que la sacamos» (declaraciones del 1 de mayo de 1959 al *Excelsior* mejicano). Por último, Miguel Ángel Cifuentes describe el lugar donde se habría fraguado el testamento, la sede de la Unión del Pueblo Español, como lleno de «franquistas incondicionales», gente que a él «no [le] entusiasmaba demasiado» y un ambiente en el que «no encontraba un especial gusto». Suena extraño que tal fuera el entorno ideológico donde Jaime Carvajal fraguase un texto como el que se le atribuye.

A la luz de estas perplejidades, uno no finaliza la lectura de *El secreto de Franco* convencido de haber asistido a una revelación insólita. En todo caso, a la apertura de una línea de investigación. Lo cual ya es un mérito que ha de reconocérsele al libro y al autor.

Carmelo LÓPEZ-ARIAS

RÍO ARRIBA

Clara España.....
Introducción a un reinado.....

ESTUDIOS

La dictadura de Primo de Rivera, a los cien años.....
Cuevas.....
En el centenario de Jesús Fuyeo, por Pablo C...

NOTAS

La «nueva derecha»: un animal mitológico.....
Ángel Soto Gómez.....
La seguridad del suministro de la Unión Europea.....
El mar lucha contra la tierra en Ucrania, por...
Benedicto XVI, por Francisco J. Carballa.....
Juan Velarde, por Leopoldo González y González.....
Juan Velarde en la economía española, por An...

CRÓNICA

La política, por Blas Fernández.....

LIBROS

Crimen de Estado, de José Ramón Ferrandis M...
La represión de Franco. Persecución y normalización (1945), de José Piñero Maccarras.....
La guerra de Stalin, de Sean McMeekin.....
Augusto del Noce. La legitimación crítica.....
Borghesi.....
El secreto de Franco. La Transición revisada.....